

CAPITULO XXIV.

EL PAPA Y EL CONCILIO ECUMENICO.

Una cuestion ciertamente grave agita á pueblos que bajo el aspecto político parecen tranquilos. El Papa promulgó su propia infalibilidad sin contar con dos facultades verdaderamente excepcionales de nuestro siglo: la facultad del exámen filosófico é individual de todos los principios; la facultad del exámen, que con igual derecho, pero con mayor fuerza se arroga la opinion pública. No bastaba que el Papa propusiera las cuestiones y que el Concilio las votara despues de poca discusion y bajo el peso de muchas amenazas; oposicion debia haber en el Concilio como en todas las asambleas humanas, porque la oposicion es el carácter de la inte-

ligencia, el ritmo del pensamiento, y de esta oposicion tarde ó temprano resultaria el gérmen de una nueva Iglesia. Los ultramontanos carecieron por completo del instinto de la propia conservacion citando el Concilio Ecuménico. Hacia mucho tiempo que la Iglesia presentaba como uno de sus títulos á institucion sobrenatural y divina la unidad milagrosa de dogma, la uniformidad de conducta, la igualdad fundamental de tendencias entre todos sus obispos. Esta conformidad, que para las almas elevadas, para aquellas que conocen las leyes de la vida y saben el combate continuo por la vida engendrado, era signo de vejez y decadencia; para las gentes superficiales y vulgares, asustadas de tantos debates y oposiciones como á cada paso en nuestro siglo estallan, convirtiendo sus conciencias en una verdadera tempestad, era signo de una paz profunda, de una seguridad completa, solo concedida en la grande agitacion de nuestro siglo á la Iglesia que ha echado el áncora de la fé en los mares de lo infinito á donde jamás alcanzarán los turbios vapores de nuestra baja atmósfera.

Para cuantos contemplaban con mirar

séreno y elevado el espectáculo que ofrecia la Iglesia, esta unidad, esta uniformidad, tan celebradas, eran solo aparentes. Habia en su seno porfiada batalla. Unos, sectarios de la escuela jesuítica, querian la Iglesia, no ya inmóvil, sino reaccionaria, dada al absolutismo personal de los Pontífices, con la Inquisicion y la excomunion por instrumento, el anatema siempre lanzado sobre nuestro tiempo y vueltos los ojos extáticos á los tiempos de Hildebrando; mientras que otros, sectarios de la escuela liberal, querian volver á la Iglesia aquel espíritu evangélico que fué como el aroma de sus primeros años; aquella ardiente caridad por los débiles y por los oprimidos que centellea en el Sermon de la montaña; y aquella armonía entre la razon y la fé, entre la conciencia y la ciencia que engendró los Padres de la Iglesia en los cinco primeros siglos y contribuyó á la definicion y á la extension del dogma cristiano que ha alimentado con sus ideas y con sus esperanzas por tantos siglos el corazon y la inteligencia del hombre en todo el mundo civilizado.

Aparte de esta division trascendentalísima, en cada Iglesia nacional habia ten-

dencias de apego á su espíritu independiente, á sus tradiciones patrias, á su historia; tendencias conocidas con el genérico nombre de galicanas, y que se oponían con tenacidad, invocando, si no un dogma de mayor pureza, una disciplina de mayor fuerza, al romanismo exagerado, cuya exclusiva autoridad, cuya soberbia omnipotencia, acababa con esa variedad riquísima bajo la unidad necesaria que dá múltiples formas, organismos maravillosos á la vida, así en el universo material como en ese otro universo no ménos grande y no ménos maravilloso, en ese otro universo moral que se llaman las humanas sociedades.

Parapetándose la Iglesia romana tras el incremento grandísimo tomado por el racionalismo y por la democracia, exigía en estos tiempos de duda, de crítica, ciega sumisión y obediencia á la autoridad pontificia para salvar la fé religiosa de tan deshecho naufragio, y elevarla en el centro del mundo, en la Ciudad histórica de los prestigios infinitos, en Roma, el ideal de toda la civilización como lo fuera en los principales siglos de la Edad media. El Papa, pues, habíase acogido al principio religioso é histórico

de los jesuitas, á la prepotencia de una Iglesia sobre todas las iglesias, de un obispo sobre todos los obispos, al absolutismo eclesiástico. Grande reacción era esta, cuando la Iglesia misma, en el siglo décimo octavo, había radicalmente abolido la Orden de los jesuitas. Los disidentes la sentían, la reconocían, pero callaban. Necesitábase todo el carácter de Lammennais para dejar la Iglesia, para abandonarla á sus errores; ó toda la inquieta actividad del Padre Jacinto para alzarse con luterana irreverencia y darle en rostro con su espíritu reaccionario y asiático.

Horrible y público anatema caía sobre todos estos descarriados. Pero en secreto, y á hurtadillas no caían menores ni ménos graves anatemas sobre los obispos que guardaban culto profundo y especialísimo á las tradiciones de su Iglesia nacional. Jamás perdonó el Papa al desgraciado arzobispo de París su galicanismo. Jamás agradeció los eminentísimos servicios prestados á la Iglesia católica por el obispo de Orleans; porque á su celo, á su elocuencia, á su fé vehemente, á su incansable actividad, unía principios liberales, tendencias galicanas que han

pasado á ser la abominacion de las abominaciones en la Roma pontificia. El Pontificado no era ya más que la cabeza del jesuitismo. Deplorábanlo todos los obispos de alguna prevision pero se resignaban tristemente. El Papa se valia de esta resignacion para concluir y perfeccionar su omnipotencia. Sin Concilio ecuménico, sin reunion de la Iglesia universal, convirtiendo el Episcopado, el Cuerpo legislativo del Catolicismo, en Cuerpo meramente consultivo, declara dogma de fé la Purísima Concepcion de María. En el siglo de la razon aumenta los misterios; en el siglo de la democracia y de la igualdad aumenta los privilegios. Los obispos previsores lo deploran, pero se resignan tristemente. Y el Papa continúa la obra de constituir su omnipotencia. Y continuando en esta obra se le ocurre convertir sus ideas en artículo de fé, sus palabras en Evangelio, su trono en vistoso emperio, su persona en Dios, su autoridad en autoridad sobrehumana é infalible. Alármanse universalmente los obispos, y temen que este nuevo atentado á la razon humana se consume sin reunir la Iglesia católica. El Papa ha pensado en ello, pero á su divinidad se le ha ocurrido un escrú-

pulo, extraño en quien está sobre las conveniencias sociales y las flaquezas humanas; se le ha ocurrido el escrúpulo de que es cosa fuerte declararse un hombre á sí mismo exento de error, y elevado á la altísima categoría de los dioses. Y solo por escrúpulos de pura delicadeza vióse reunido el Concilio que el siglo primero convocó para abrir las puertas eternas de la Iglesia, segun las ideas de San Pablo, á todas las gentes; y que convocó el siglo cuarto para proclamar la trinidad y definir la naturaleza del Verbo.

La division estalló. El director del movimiento católico en la Gran Bretaña; el decano de la facultad de Teología en la universidad de Munich que peleára con los racionalistas y los protestantes; el obispo eslavo, prodigio de sabiduria y de elocuencia, que sustentaba los fueros de la Iglesia en las orillas del Adriático y del Danubio contra todas las innovaciones religiosas del Austria; el prelado de Orleans, una de las glorias más puras, una de las reputaciones más sólidas en la Iglesia moderna; el prelado de Paris á quien su posicion excepcional, como primer capellan del César francés, protector de la independencia política del Pontífice,

daban excepcionales títulos; el arzobispo de Bolonia, amado del Papa por su ciencia y por sus virtudes, oponíanse á la proclamacion del dogma de la Infalibilidad, y anunciaban á una entre los ahullidos de los ultramontanos y las protestas de los jesuitas, que semejante declaracion seria un nuevo incentivo á los progresos del racionalismo y el gérmen de un nuevo cisma en el desgarrado seno de la Iglesia.

Pero el Papa, que un tiempo aspiró á la fama de ser el más liberal entre los Pontífices, hoy aspira á la fama de ser el más absoluto, el más autoritario, y recabó la declaracion de su propia infalibilidad. Grande imprevision. Se desavino de los obispos más influyentes; arrojó la division religiosa entre las Iglesias más sólidas; apenó los ánimos de mayor piedad y virtud; cuando el conflicto europeo venia, cuando la guerra universal relampagueaba, cuando Italia mansamente se preparaba á recoger del polvo en los campos de batalla su capitalidad por tantas generaciones suspirada, cuando iba á ser el dogma de la infalibilidad proclamado entre el tronar de los cañones, el crugir de las ruinas y el prolongado ¡ay! de milla-

res de víctimas, entre las cuales se encontraria como perdida bajo montones de muertos su propia autoridad política con recóndita satisfaccion de los piadosos profetas de la catástrofe, y ante la indiferencia del mundo civilizado, apenas advertido de aquel nuevo fragmento de la antigua sociedad, desplomado porque absorbia todo su ánimo el espectáculo de la tragedia sin ejemplo en los fastos de nuestra historia, en que dos pueblos hermanos renovaban la sangrienta fábula de Eteocles y Polinice, dándose mútua muerte sólo por respirar mejor y con una frontera latísima á las orillas del Rhin.

No cabe dudarlo, no cabe. Si dentro de la Iglesia europea, si dentro de las diversas comuniones cristianas la caida del Papa no ha suscitado el horror que suscitó en 1848, débese principalísimamente al dogma de la infalibilidad. Cuando el Papa se declaraba rey prisionero, las diversas naciones del mundo trataban lo que debian hacer ante el Pontífice infalible. Esta cuestion embarga más principalmente aquellos pueblos viriles, para quienes Dios, el espíritu, la inmortalidad, la providencia, no son cuestiones baladíes, ni juegos de niños; aquellos pue-

bles, para quienes la indiferencia es el peor de los estados, porque la indiferencia es la muerte moral, y creen y piensan que aún hay vida en las ideas, y aún hay gloria en pelear, en trabajar, en morir por la causa de las ideas, que abren horizontes infinitos á la actividad humana.

En Suiza el movimiento anti-infalibilista, como le llaman los alemanes, se ha agravado mucho durante los últimos meses. Allí las escuelas católicas tienen grande é intenso fanatismo. Recuerdo haber leído en el libro que servia de texto á los seminarios de algunos cantones para enseñar la historia universal, este lema: *Tiempos modernos: apostasia de los pueblos*. Y despues de esto venia una condenacion explicita y en conjunto de los tres últimos siglos, de estos tres últimos siglos que han sido los siglos de los descubrimientos, los siglos del arte, los siglos de la ciencia, los siglos de la formulacion del derecho y del advenimiento de las democracias. Algunos creyeron allí al pronto que era una cuestion baladí la de saber si la infalibilidad quedaba vinculada en el Concilio ó era trasmitida al Papa. Pero en cuanto advirtieron que aun reducida á estos

términos la cuestion encerraba, entre larga série de cuestiones, el averiguar si la Iglesia habia de ser gobernada monárquica ó republicanamente, tomaron en el problema esa parte activa que pueden tomar los pueblos republicanos llamados por la naturaleza de sus instituciones á dilucidar con libertad entera todos los asuntos que interesan á las sociedades humanas. Al estudiar así esta cuestion, hallaron otras cuestiones más altas, hallaron que se trataba de saber si habíamos de tener una religion europea, moral antes que litúrgica, ó espiritualista; ó habíamos de tener una religion grosera, sensualísima, llena de dogmas repugnantes á la razon humana, contrarios al espíritu del siglo, y sobre la cual tronara una especie de Pontífice Lama, semejante al triste mortal prototipo de la soberbia y de la impotencia, que en el Thibet reina sobre pueblos á su vez prototipos de la ignorancia y de la miseria. El ultramontanismo suizo se ha mostrado implacable contra todos aquellos que han querido dar á la religion católica una tendencia espiritualista y anti-jesuítica. Para los ultramontanos suizos el Catolicismo liberal es más abominable que el protestantismo y el

materialismo y el ateismo. Prefieren Renan á Doellinger. Esta grande injusticia ha despertado el celo de los católicos liberales.

Soleure, canton piadoso é inteligentísimo, es la capitalidad verdadera del Catolicismo liberal en Suiza. De allí era Vengi, el gran tribuno de la tolerancia católica, que en las últimas guerras religiosas, cuando sus correligionarios tenían la mecha encendida para ametrallar á los protestantes, lanzóse á impedir esta piadosa inhumanidad, con el crucifijo en las manos y la oracion en los labios, convertidos al cielo sus ojos centelleantes con la inspiracion divina de los mártires. Los ciudadanos del canton de Soleure se opusieron, allá cuando la Santa Alianza se habia apoderado de toda Europa en 1815 y la reaccion habia hecho como retroceder ó pararse en su camino todas las conquistas revolucionarias, á que los jesuitas volvieran, y cuando á pesar de su oposicion los vieron volver, anunciaron que la confederacion estaba rota, como en efecto se rompió en la terrible guerra del Sonderbur, sostenida y alimentada por la intolerancia religiosa.

CAPITULO XXV.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN ROMA.

Venecia 28 de Junio de 1875.

Amigo mio: Período perturbado ciertamente aquel en que desempeñé, por voto de las Córtes, el cargo de ministro de Estado en el primer ministerio elegido despues de la voluntaria abdicacion de D. Amadeo de Saboya.

Guerra civil en Cuba, guerra civil en Cataluña, guerra civil en el Centro y en el Norte; perturbaciones varias en Málaga, en Barcelona, en Valencia, en Granada; dificultades insuperables en el interior, dificultades más insuperables en el exterior; frutos naturales de aquellas razas que teniendo las cualidades de los tiempos épicos, la audacia,